

### III. LATÍN VULGAR Y PARTICULARIDADES DEL LATÍN HISPÁNICO

#### § 15. LATÍN LITERARIO Y LATÍN VULGAR<sup>1</sup>.

Desde el momento en que la literatura fijó el tipo de la lengua escrita, se inició la separación entre el latín culto, que era el enseñado en las escuelas y el que todos pretendían escribir, y el latín empleado en la conversación de las gentes medias y de las masas populares. Mientras la len-

<sup>1</sup> Véanse, entre otros, E. Bourciez, *Éléments de Linguistique Romane*, 2.<sup>a</sup> ed., París, 1923; W. Meyer-Lübke, *Introducción a la Lingüística Románica*, trad., adiciones y notas de A. Castro, Madrid, 1926; C. E. Grandgent, *Introducción al Latín Vulgar*, id. de id. de F. de B. Moll, Madrid, 1928; H. F. Muller, *A Chronology of Vulgar Latin*, Beihefte zur Zeitsch. f. rom. Philol., 78, Halle, 1929; S. da Silva Neto, *História da Língua Portuguêsa*, Rio de Janeiro, 1952, 161-315, e *História do latim vulgar*, ibíd., 1977; K. Vossler, *Einführung ins Vulgärlatein*, herausgegeben und bearbeitet von H. Schmeck, München, 1954; J. B. Hofman, *El latín familiar*, trad. y anotado por J. Corominas, Madrid, 1958; B. E. Vidos, *Manual de Ling. Rom.*, Madrid, 1963; H. Lausberg, *Ling. Rom.*, 2 vols., Madrid, 1965-1966; V. Väänänen, *Introduction au Latín Vulgaire*, París, 1967 (Trad. esp. de Manuel Carrión, Madrid, 1968); I. Iordan y M. Manoliu, *Manual de Ling. Rom.*, revisión, reelaboración parcial y notas de M. Alvar, 2 vols., Madrid, 1972, así como la *Antología del Latín Vulgar* de M. Díaz y Díaz, Madrid, 1950, y el *Sermo Vulgaris Latinus, Vulgärlateinisches Lesebuch* de G. Rohlf, Halle/Saale, 1951; W. Manczak, *Le problème de la langue romane commune*, «Atti XIV Congresso Internaz. di Linguistica e Filol. Romanza», Napoli, 1974, II, 61-74; E. Coseriu, *Der sogenannte «Vulgärlatein» und die ersten Differenzierung in der Romania*, «Zur Entstehung der rom. Sprachen», Darmstadt, 1978, 257-291; A. Niculescu, *El latín vulgar. Consideraciones sobre un concepto*, Anuario de Letras, XVII, 1979, 243-255, etc.

gua literaria se depuraba hasta llegar al refinamiento de las odas de Horacio o la prosa de César y Tácito, el habla vulgar seguía apegada a usos antiguos; pero a la vez progresaba en sus innovaciones, desarrollando tendencias existentes en el idioma desde el primer momento, aunque repudiadas o aceptadas tan sólo parcialmente por la literatura.

Durante el Imperio, las divergencias se ahondaron en grado considerable: el latín culto se estacionó, mientras que el vulgar, con rápida evolución, proseguía el camino que había de llevar al nacimiento de las lenguas romances. Las gentes extrañas que iban romanizándose no percibían bien distinciones de matiz antiguas en la lengua que aprendían; en cambio, se percataban del valor significativo encerrado en las expresiones que entonces empezaban a apuntar; así ganaban terreno los usos nuevos. Al fin de la época imperial, las invasiones y la consiguiente decadencia de la cultura aceleraron el declive de la lengua literaria. Desde el siglo VII sólo la emplean eclesiásticos y letrados; pero su lenguaje revela inseguridades y admite vulgarismos, fabrica multitud de palabras nuevas y acoge, barnizándolas ligeramente, numerosas voces romances o exóticas. Es el *bajo latín* de la Edad Media.

Para el conocimiento del latín vulgar la documentación es escasa: fragmentos de una novela realista de Petronio que reflejan el habla ordinaria; textos descuidados, anónimos o de escritores de la decadencia; inscripciones lapidarias incultas; citas de gramáticos que reprenden incorrecciones del lenguaje: a esto se reduce el testimonio de la antigüedad. Pero, en cambio, disponemos de la comparación entre las lenguas romances, cuya evolución podemos seguir paso a paso, y que obligan a suponer base latina para muchos de los cambios comunes que hay en ellas.

Veamos en qué diferían el latín literario y el vulgar:

§ 16. ORDEN DE PALABRAS<sup>2</sup>.

1. La construcción clásica admitía frecuentes transposiciones; entre dos términos ligados por el sentido y la concordancia podían interponerse otros. Los poetas extremaban esta libertad; sin duda no pertenecían al habla normal frases con hipébaton tan extremado como la de Virgilio «*silvestrem t e n u i musam meditaris a v e n a*»; pero eran corrientes otras más moderadas, como la de Cicerón «*fuit ista quondam in hac republica virtus*». El orden vulgar prefería situar juntas las palabras modificadas y las modificantes. Petronio ofrece aún «*alter matellam tenebat argenteam*», «*quonam genere praesentem evitaremus procellam*», pero tienden a imponerse «*follem plenum habebat*», «*notavimus etiam res novas*». Tras un lento proceso, el hipébaton acabó desapareciendo en la lengua hablada.

2. En el latín clásico, las palabras determinantes solían quedar en el interior de la frase: «*Castra sunt in Italia contra populum Romanum Etruriae faucibus conlocata*». Entre *sunt* y *conlocata* están encerrados los complementos; el orden es curvilíneo, sintético. El latín vulgar propendía a una marcha en que las palabras se sucedieran con arreglo a una progresiva determinación; al mismo tiempo el período se hacía menos extenso: «*apoculamur nos circa gallicinia, luna lucebat tamquam meridie; venimus inter monumenta*» (Petronio). Al final de la época imperial este orden se abría camino incluso en la lengua escrita, aunque sobrevivían restos

<sup>2</sup> Véanse Elise Richter, *Zur Entwicklung der romanischen Wortstellung aus der lateinischen*, Halle, 1903; J. Marouzeau, *L'ordre des mots dans la phrase latine. I. Les groupes nominaux*, Paris, 1922; *La phrase à verbe initial en latin*, Rev. des Etudes Latines, XV, 1937, 275-305, y *La phrase à verbe intérieur en latin*, *Ibid.*, XVI, 1938, 74-95.

del antiguo, sobre todo en las oraciones subordinadas. Frases de la Regla de San Benito (siglo VI) dan idea de la transformación realizada: «*Ad portam monasterii ponatur senex sapiens, qui sciat accipere responsum et reddere, et cuius maturitas eum non sinat vagari*».

## § 17. MORFOLOGÍA Y SINTAXIS.

1. Un cambio paralelo alteró esencialmente la estructura morfológica. En latín cada palabra llevaba en su terminación los signos correspondientes a las categorías gramaticales: la desinencia -u m de h o m i n u m añadía a la idea de «hombre», representada por el tema h o m i n -, las notas de genitivo y plural; el tema a m a - quedaba atribuido a la tercera persona del plural y recibía valor pasivo gracias a la adición de los morfemas -n t y -u r pospuestos (a m a n t u r). No obstante las desinencias casuales no bastaban para expresar con precisión las distintas relaciones encomendadas a cada una, y ya desde el latín más arcaico se auxiliaban con preposiciones especificadoras. Incluso en el lenguaje literario contendían el genitivo y el ablativo con d e para indicar relaciones partitivas, de materia, de origen, de referencia, etc.; así alternaban «*pauci militum*» y «*pauci de nostris*», «*picis glebas*» y «*templum de marmore*», «*generis Graeci*» y «*Argolica de gente*», «*indignus auorum*» y «*digni de caelo*». Igual ocurría en muchos contextos con el dativo («*accidere animo*», «*accommodare corpori vestem*», «*delegata primoribus pugna*») y el acusativo con ad («*accidere ad animum*», «*accommodare rem ad tempus*», «*studiosos ad illum volumen delegamus*). Las construcciones con d e + ablativo y ad + acusativo invadieron los restantes dominios del genitivo («*de Deo munus*», «*de sorore nepus*») y del dativo («*hunc ad car-*

nificem dabo», Plauto; «ad me magna nuntiauit»). El acusativo se empleó con preposiciones que antes eran exclusivas de ablativo: inscripciones pompeyanas dan «cum iumentum», «cum sodales» en vez de «cum iumento», «cum sodalibus»<sup>3</sup>.

Por otra parte, la evolución fonética suprimía la /-m/ final, eliminaba la distinción entre vocales largas y breves e igualaba la /ũ/ con la /õ/ (véase § 18), con lo que las desinencias de ciertos casos coincidieron con las de otros: el nominativo rosa dejó de distinguirse del acusativo rosa(m) y del ablativo rosã. Lo mismo ocurrió con el acusativo amicũ(m) y el ablativo amicõ, con los que confluyó en determinadas áreas geográficas y niveles sociales el nominativo amicũ(s), cuya /-s/ omitían el latín arcaico y el rústico: inscripciones hispanas ofrecen nominativos Labeo, aunculo, maritu, famulu, etc.<sup>4</sup>. En cambio, formas romances como *hombre, luz, verdad, ladrón* son resultado común de los acusativos homĩne(m), luce(m), veritate(m), latrone(m) y de los ablativos hominē, lucē, veritātē, latrōnē, pero no de los nominativos homo, lux, veritas, latro. En el plural, el sistema latino clásico diferenciaba nominativo y acusativo en las dos primeras declinaciones (rosae/rosās, lupī/lupōs); pero en las tres últimas hominēs, lucēs, sensūs, diēs valían para los dos casos, ambivalencia contagiada a los temas en /-a/ y en /-o/. En éstos los nominativos rosae y amicī, lupī tenían desinencias comunes con for-

<sup>3</sup> Remito a *Los casos latinos: restos sintácticos y sustitutos en español*, Bol. R. Acad. Esp., XLIV, 1964, 62-73.

<sup>4</sup> M. Díaz y Díaz, *Antología del Latín Vulgar*, Madrid, 1950, 131-135; Carnoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, 1906, 185-206, reúne alrededor de 60 ejemplos, que explica como descuidos o abreviaciones por estar generalmente en fin de línea. Tal explicación es insatisfactoria para omisión tan repetida.

mas del singular: el genitivo y dativo rosae, el genitivo amicī, lupī respectivamente; por el contrario los acusativos rosās, amicos poseían morfemas inconfundibles de plural. La distinción entre desinencias casuales de un mismo número podía desaparecer sin gran daño para la comprensión, gracias sobre todo a las preposiciones; pero la oposición entre singular y plural no contaba con más instrumento que las desinencias. Añádase que el indoeuropeo tenía nominativos de plural /-ās/ y /-ōs/, conservados en osco, umbro y celta; para /-os/ en celtibérico, v. § 5. Motivaciones internas del sistema lingüístico se combinaron con la acción del substrato para que inscripciones de diversas zonas del Imperio —entre ellas Hispania— atestigüen abundantes nominativos de plural como filias, libertas, y para que en el latín hispánico hablado /-ōs/ se generalizase como desinencia de nominativo y acusativo de plural para los temas en /-o/<sup>5</sup>.

A consecuencia de todos estos cambios la flexión del nombre en el latín vulgar fue limitándose progresivamente hasta oponer una forma única de singular a otra forma única de plural. Sólo en francés y occitano antiguos sobrevivió una declinación bicasual con formas distintas para el nominativo y para el régimen o caso oblicuo; pero desapareció antes del siglo xv mediante eliminación de las formas de nominativo.

2. También se simplificó la clasificación genérica: los sustantivos neutros pasaron a ser masculinos (mancipium > *mancebo*, tempus > *tiempo*) o femeninos (sag-

<sup>5</sup> D. Gazdaru, *Prejuicios persistentes en la morfosintaxis románica*, Romanica, I, 1968, 69-115, defiende justificadamente la necesidad de tener en cuenta los nominativos /-as/ y /-os/ al explicar el plural románico. Pero en el singular, salvo en francés y occitano antiguos y en cultismos o semicultismos de otros romances, son excepcionales los restos inequívocos de nominativo.

ma > *jalma*), con no pocas vacilaciones y ambigüedades, sobre todo para los que terminaban en -e o en consonante (mare > *el mar* y *la mar*; lac > fr. *le lait*, port. *o leite*, esp. *la leche*). Muchos plurales neutros se hicieron femeninos singulares a causa de su -a final: folia > *hoja*, braccia > *braza*, rama > *rama*, ligna > *leña*. De ahí el valor colectivo que conservan a veces, patente en «la caída de la hoja» y en el contraste *brazo* / *braza*, *leño* / *leña*, etc.

3. En la lengua clásica los comparativos en -ior y los superlativos -issimus alternaban con perífrasis como magis dubius, maxime idoneus. El latín vulgar reemplazó formosior, grandior por magis formosus, plus grandis, y altissimus por multum altus.

4. La influencia del lenguaje coloquial, que daba amplio margen al elemento deíctico o señalador, originó un profuso empleo de los demostrativos. Aumentó, sobre todo, el número de los que acompañaban al sustantivo, en especial haciendo referencia (anáfora) a un ser u objeto nombrado antes. En este empleo anafórico, el valor demostrativo de ille (o de ipse, según las regiones) se fue desdibujando para aplicarse también a todo sustantivo que indicara seres u objetos consabidos sin mención previa; tal fue el punto de partida en la formación del artículo determinante, instrumento desconocido para el latín clásico y que se desarrolló al formarse las lenguas romances. A su vez el numeral unus, empleado con el valor indefinido de 'alguno', 'cualquiera', 'cierto', extendió sus usos acompañando al sustantivo que designaba entes no mencionados antes, cuya entrada en el discurso suponía novedad o conllevaba carga expresiva. Un personaje de Plauto dice «dum edormiscam unum somnum», frase traducible por 'mientras echo un sueñecito'; y Catulo habla de un poetaastro que cuando lee sus propios versos se

revela como «unus fossor aut caprimulgus» 'como un cavador o un cabrero'. Así se inició la creación del artículo indefinido<sup>6</sup>.

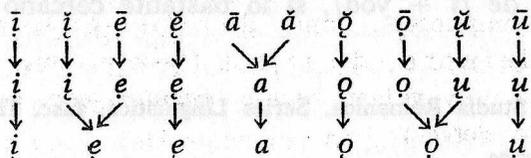
5. En la conjugación muchas formas desinenciales fueron sustituidas por perífrasis. Todas las formas simples de la voz pasiva fueron eliminadas: aperiuntur, amabatur, dejaron paso a se aperiunt, amatus erat. Se olvidaron los futuros cantabo, dicam, mientras cundian cantare habeo, dicere habeo, que en un principio significaban 'he de cantar', 'tengo que decir'. Una expresión semejante, cantare habebam, dio lugar a la formación de un tiempo nuevo, el postpretérito o condicional románico (*cantaría, amaría*). El verbo habere con el participio de otro verbo servía para indicar la acción efectuada, pero mantenida en sí o en sus consecuencias, como en español *tener* ('tengo estudiado el asunto'); más tarde adquirió el valor de perfecto, y al lado de dixi, feceram surgieron habeo dictum, habebam factum.

6. El desgaste que tuvo el significado de las preposiciones al aumentar sus usos hizo necesaria la formación de partículas compuestas, como dex (de-ex), abante, inante, deintro, de trans (> esp. ant. *des*, arag. *avant*, esp. ant. y vulgar *enante*, *enantes*, esp. general *dellante*, *dentro*, *detrás*).

<sup>6</sup> Remito a *Del demostrativo al artículo*, Nueva Rev. de Filol. Hisp., XV, 1961, 23-44 y *Dos estudios sobre la actualización del sustantivo en español. I: «Un», «una» como artículo indefinido en español*, Bol. de la Comis. Perm. de la Asoc. de Academias, núm. 21, 1975, 39-49.

## § 18. CAMBIOS FONÉTICOS.

1. En la fonética hay que señalar en primer término los cambios referentes al sistema acentual y al vocalismo<sup>7</sup>. El latín clásico tenía un ritmo cuantitativo-musical basado en la duración de las vocales y sílabas. Desde el siglo III empieza a prevalecer el acento de intensidad, esencial en las lenguas romances. Combinada con la transformación del acento, hubo también radical transformación en las vocales. En un principio las diferencias de duración estaban ligadas a diferencias de timbre: las vocales largas eran cerradas, y de timbre medio o abiertas las breves. De este modo, el timbre de una /ū/ breve (abierta) se aproximaba al de la /ō/ larga (cerrada), y lo mismo ocurría con la /ī/ y la /ē/. Desaparecida la distinción cuantitativa, se confundieron /ū/ y /o/, /ī/ y /e/. En Hispania, Galia, Retia y casi toda Italia las diez vocales clásicas quedaron reducidas a siete, según el esquema siguiente<sup>8</sup>:



<sup>7</sup> H. Schuchardt, *Der Vokalismus des Vulgärlateins*, 3 vols., Leipzig, 1866-1868.

<sup>8</sup> Los romances de Cerdeña, Calabria, Lucania, Sicilia y Dacia parten de otros sistemas vocálicos latino-vulgares. H. Lüdtké (*Die strukturelle Entwicklung des romanischen Vokalismus*, Bonn, 1956) creyó encontrar vestigios de estos sistemas en español y portugués; pero lo rechazó convincentemente Dámaso Alonso, *La fragmentación fonética peninsular*, «Encicl. Ling. Hisp.», I, Suplemento, Madrid, 1962, 4-21.

Por último se pronunciaron largas las vocales acentuadas que terminaban sílaba y breves las que estaban en sílaba acabada por consonante. En Hispania estas diferencias de duración debieron de ser menores que en otras zonas de la Romania, pues la misma suerte han corrido /ĕ/, /ō/ en *pĕ-dem*, *nō-vum*, que en *sĕp-tem*, *pōr-tam*: unas y otras han dado /ié/, /ué/ (*pie*, *nuevo*, *siete*, *puerta*). En cambio, en otros romances ha habido evolución distinta según fuera libre o trabada la sílaba (fr. *pie-sept*, *neuf-parte*; it. *pie-de-sette*, *nuovo-porta*). El problema de la diphthongación es uno de los más controvertidos en el devenir de las vocales latinas<sup>9</sup>; las más afectadas, aunque no en toda la Romania, fueron la /ĕ/ y la /ō/, cosa bien explicable: mientras los cambios acentuales y cuantitativos recién expuestos condujeron a resultados /í/, /é/, /ó/, /ú/ que perpetuaban la doble condición de vocales largas y cerradas, esas mismas transformaciones convirtieron la /ĕ/ y la /ō/ acentuadas en /ê/ y /ô/, fonemas que rompían los hábitos del sistema al ofrecer insólitamente asociados los rasgos de largas y abiertas. Ya en el siglo I de nuestra era el originario carácter breve de la /ĕ/ no fue obstáculo para que se con-

<sup>9</sup> Menéndez Pidal, *Orígenes*, §§ 22, 24, 25 y 26; F. Schürr, *Umlaut und Diphthongierung*, Rom. Forsch., L, 1936, 275-316; *La diphthongación iberorrománica*, Rev. de Dialect. y Trad. Pop., VII, 1951, 379-390; *La diphthongaison romane*, Tübinga, 1970 (síntesis de otros varios estudios); *Epilogo alla discussione sulla dittongazione romanza*, Rev. de Ling. Rom., XXXVI, 1972, 311-321; *La metafonia y sus funciones fonológicas*, «Homenaje a V. García de Diego», I, Madrid, 1976, 551-553 y *Origen y repartición de los ie, uo (ue) iberorrománicos*, Ibero-romanica, n.º 8, 1978, 1-10; H. Weinrich, *Phonologische Studien zur rom. Sprachgeschichte*, Münster, 1958, 175-183; E. Alarcos Llorach, *Fonología española*, 3.ª ed., 1961, §§ 143 y 144; Dámaso Alonso, *La fragmentación fonét. peninsular*, «Encicl. Ling. Hisp.», I, Suplemento, 1962, 23-45; G. Bonfante, *Italia e Grecia*, «To honor R. Jakobson», The Hague-Paris, 1967, 364-365; G. Hilty, *Zur Diphthongierung im Galloromanischen und im Iberoromanischen*, «Philologische Studien für J. M. Piel», Heidelberg, 1969, 95-107; P. Spore, *La diphthongaison romane*, Odense, 1972, etc.

fundiera con el diptongo /ae/ monoptongado en /ē/: una inscripción hispana de los años 96-98 presenta Naervae por Nervae, y otras del siglo II tribunicie, questus, por tribuniciae, quaestus<sup>10</sup>. Lo desacostumbrado de estas dos nuevas vocales /ē/ y /ō/ fue sin duda una de las causas de la inestabilidad y pronta bimatización de su timbre, mediante articulación cerrada de su momento inicial; poco antes del 120 d. de J. C. se registra niepos por nēpos, y en África, también durante el Imperio, Dieo por Deo, aparte de ejemplos menos seguros y posibles ultracorrecciones<sup>11</sup>.

2. Desde los tiempos más remotos del latín hay casos de vocal postónica perdida. Ya en Plauto aparecen arduus, domnus, caldus por arīdus, domīnus, calīdus, como consecuencia de la fuerza con que el latín primitivo había acentuado la sílaba inicial. En el latín vulgar, bajo el Imperio, el nuevo acento de intensidad renovó la tendencia a omitir la vocal: oculum, tribulum, auca, de ocūlum, tribūlum, avīca, etc. En casos como vetūlus, vitūlus, la caída de la postónica dio lugar a la formación del grupo inusitado /tl/ (vetlus, vitlus), que pasó a /cl/ (veclus, viclus) por analogía con los numerosos -clus procedentes de -ucūlus, -icūlus (auricla, ovicla, etc.). En menor grado se debilitó también la vocal protónica, que en algunas regiones, sobre todo en Galia, llegaba a elidirse: frigidaria < frigidaria, veteranus < veteranus<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> M. Díaz y Díaz, *El latín de la Pen. Ibér., I. Rasgos lingüísticos*, «Encicl. Ling. Hisp.», I, 1960, 160.

<sup>11</sup> Bourciez, *Éléments*, § 154; Grandgent, *Introd.*, § 177; A. Tovar, *Estado latente en latín vulgar: ¿cuándo se inicia la diptongación de breves?*, «Estudios ofrecidos a E. Alarcos Llorach», I, Oviedo, 1977, 241-246.

<sup>12</sup> S. Kiss, *Les transformations de la structure syllabique en*

3. La separación silábica tuvo un cambio de gran importancia: fi-lī-u, vi-nē-a y sus similares agruparon en una sola sílaba las vocales en contacto, con lo que la escandón fue fi-liu, vi-nea > vi-nia<sup>13</sup>. En casos como va-ri-ō-la, mu-lī-ē-re, la sinéresis acarreó el tránsito del acento a la vocal más abierta (va-rió-la, mu-lí-re). Esas /ē/, /ī/ átonas, así convertidas en semiconsonantes, originaron multitud de alteraciones fonéticas; son el elemento revolucionario que en lo sucesivo llamaremos yod<sup>14</sup>. La yod, fundiéndose con la consonante que precedía, la palatalizó: muliere > [muļere], filiu > [fiļu], vi-nia > [viņa]. Así nacieron los fonemas palatales /j/ y /ɲ/ (representados con ll y ñ respectivamente en nuestra ortografía actual), desconocidos por el latín clásico y característicos de las lenguas románicas. El grupo /t + yod/ se asibiló en /š + yod/ o simplemente en /š/: los dos grados se hallan descritos por gramáticos latinos<sup>15</sup>, y una inscripción da Vincentzŷus por Vincentius. Evolución parecida siguió el grupo /c + yod/, con resultado, ya que no idéntico al de /t + yod/, si lo bastante cercano para que

latín tardif, *Studia Romanica*, Series Linguistica, fasc. II, Debrecen, 1972, 99-100.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 93-98.

<sup>14</sup> El término «yod» designará también la [j] semivocal que nació al evolucionar grupos como /c'l/, /ct/, /cs/, /g'l/, /gn/ y originó resultados con consonante palatal (/oc'lu/ > [oļlu] > [oļo] > [ožo], ojo, con j palatal en castellano antiguo; /factu/ > [fajtu] > [fejto] > [fečo], fecho; /laxus/ > [lajsus] > [lejšos] > [lešos], cast. ant. lexos; /pugnu/ > [pujnu] > /pugo/, puño).

<sup>15</sup> Dice Quinto Papirio: «Iustitia cum scribitur, tertia syllaba sic sonat, quasi constet ex tribus litteris t, z, et i, cum habeat duas t et i» (Keil, *Grammatici Latini*, VII, pág. 216). Otro gramático, Pompeyo, afirma a propósito de la i en el grupo /t + yod/: «si dicas Titlus..., perdit sonum suum et accipit sibilum» (*Ibid.*, V, pág. 104).

hubiera grafías como *Μαρσιάνος* y *mendatium* por *Marcianus*, *mendacium*. Los grupos /d + yod/, /g + yod/ se redujeron a [j] o [y] (*adjutare* > *ayutare*); pero /d + yod/ se asibilaba frecuentemente, equivaliendo entonces a /z/, y en esta alternancia, el sufijo verbal griego -ιζειν dio en latín el doble resultado -īdiare e -izare (véase § 11<sub>2</sub>).

4. En latín clásico, /ce/, /ci/ sonaban /ke/, /ki/ y el valor de /ge/, /gi/ era el que nosotros damos a *gue*, *gui*. Durante la época imperial las oclusivas /c/, /g/ situadas ante /e/, /i/<sup>16</sup> sufrieron un desplazamiento de su punto de articulación: las vocales palatales las atrajeron hacia la parte delantera de la boca. La [č] llegó a pronunciarse de modo semejante a /ĉ/ (nuestra *ch*), grado que ofrecía el romance de la España visigoda y que conservan el italiano, retorromano, dalmata, rumano y picardo; y avanzando más aún, se hizo /š/ (esto es, como *ts*) alveolar o dental; desde fines del siglo III hay ejemplos epigráficos (*paθe*, *paze*, *intcitamento*, *fesit* en vez de *pace*, *incitamento*, *fecit*) que revelan claramente la asibilación. La [ǵ] pasó a [j] o [y] (*βειέντι* por *viginti*) y era frecuente su pérdida entre vocales (*fridum* por *frigidum*)<sup>17</sup>.

5. Las consonantes sordas intervocálicas empezaron a contagiarse de la sonoridad de las vocales inmediatas. Inscripciones hispánicas de la época imperial dan *imudavit* y *perpeduo* por *immutavit*, *perpetuo* (véase § 4<sub>6</sub>). Según veremos, la sonorización no fue general en la Romania, y en España tardó muchos siglos en eliminar por completo la resistencia culta.

<sup>16</sup> Las representaremos en adelante con los signos /č/ y /ǵ/.

<sup>17</sup> Véase R. Menéndez Pidal, *Manual de gramática hist. española*, sexta edición, 1941, § 34<sub>2</sub>.

6. Otros fenómenos de asimilación y absorción: el grupo /ns/ solía pronunciarse como simple /s/: *mensa*, *ansa*, *mesa*, *asa*; /rs/ pasaba a /ss/ y aun a /s/: *dorsum*, *dossum*; *sursum*, *deorsum* > *sūsum*, *deosum* (de donde vienen nuestros adverbios medievales *suso* 'arriba', *yuso* 'abajo'); en la Romania occidental y en Italia, /pt/ dio /tt/, luego reducida en español a simple /t/; *aptare* > *attare* > esp. *atar*; *septem* > *settem* > español *siete*; y la /v/ seguida de /u/ desapareció frecuentemente: *rivus* > *rius*; *flavus* > *flaus*.

#### § 19. VOCABULARIO<sup>18</sup>.

1. El léxico del latín vulgar olvidó muchos términos del clásico, con lo cual se borraron diferencias de matiz que la lengua culta expresaba con palabras distintas: *grandis* indicaba principalmente el tamaño, y *magnus* aludía con preferencia a cualidades morales; el latín vulgar conservó sólo *grandis*. *Alius* era 'otro, diferente'; *alter* 'otro entre dos, el otro'; pero *alter* asumió el papel de *alius*. Muchas voces clásicas fueron sustituidas por otras que al principio no eran sinónimas de ellas: *jocus* 'burla' reemplazó a *ludus* 'juego'; *casa* 'cabaña', a *domus*; *prehendere* 'asir, coger', a *discere*; *caballus* 'caballo de carga, rocín', a *equus*. Son frecuentes las metáforas humorísticas: *perna* 'jamón, pernil' se aplicó a miembros humanos en lugar de *crus*; *testa* 'cacharro, tiesto' se empleó para designar la cabeza (> fr. *tête*, esp. ant. *ties-ta*), al lado de *caput* (> it. *capo*, cat. *cap*); junto a co-

<sup>18</sup> Véase H. Lüdtke, *Historia del léxico románico*, Madrid, 1974, 31-65.

medere (> esp. *comer*), que sustituyó al clásico *edere*. cundió *manducare* (> fr. *manger*, prov. *manjar*), formado por derivación de *Manducus*, personaje ridículo de la comedia. A veces los términos vulgares eran extranjeros: *gladius* sucumbió ante el grecismo *spatha* (> esp. *espada*) y *dives* ante el germánico *riks* (> *rico*).

2. El latín vulgar fue muy aficionado a la derivación. La expresividad afectiva prefería usar diminutivos como *auricūla*, *genūcūlum*, *solicūlum* (> esp. *oreja*, *hinojo*; fr. *soleil*), en vez de *auris*, *genu*, *sol*. Muchos vocablos con sufijo átono lo cambiaron por otro acentuado: así *rotūla* pasó a *rotēlla* > esp. *rodilla*; *fibūla* a \**fibēlla* > esp. *hebilla*. Adjetivos derivados de nombres se sustantivaron: *diurnum* (> fr. *jour*, it. *giorno*) ocupó el puesto de *dies* en gran parte de la Romania; *mane* 'mañana' (> *la man* en el Cantar de Mío Cid) decayó ante \**maneana* o *matutinum* (> esp. *mañana*, ant. *matino*, fr. *matin*, it. *mattino*). La formación verbal fue muy fecunda también: se crearon verbos derivados de nombres, como de *carrus*, \**carricare* (> esp. *cargar*), y de *follis*, *follicare* (> esp. *holgar*); derivados de adjetivos, como de *altus*, \**altiare* (> *alzar*) y de *amarus*, *amaricare* (> *amargar*); y derivados de otros verbos. Estos últimos, en especial los frecuentativos formados sobre participios, tomaron tal incremento que en muchos casos reemplazaron total o parcialmente a los verbos de que procedían: \**ausare* (> esp. *osar*) sustituyó a *audere*; *adjutare* (> *ayudar*), a *adjuvare*; \**figicare* (> port. *ficar*, esp. *hincar*), a *figere*; \**usare* (> *usar*), a *uti*; \**acutiare* (> *aguzar*), a *acuere*, etc.

## § 20. EL LATÍN VULGAR DE HISPANIA EN RELACIÓN CON EL DEL RESTO DE LA ROMANIA<sup>19</sup>.

1. El latín vulgar se mantuvo indiviso, y en cierto grado uniforme, durante la época imperial; pero esta fundamental unidad no implicaba falta de diferencias regionales. Indudablemente las había, aunque frenadas mientras se mantuvieron la cohesión política del Imperio, la comunicación entre las diversas provincias, el influjo unificador de la administración y el servicio militar. Deshecho el Imperio en el siglo V, las provincias, convertidas en Estados bárbaros, quedaron aisladas unas de otras; la decadencia de las escuelas dejó al latín vulgar sin la contención que antes suponía el ejemplo de la lengua clásica. En cada región se abrieron camino innovaciones fonéticas y gramaticales, nuevas construcciones de frases, preferencias especiales por tal o cual palabra. Y llegó un momento en que la unidad lingüística

<sup>19</sup> Véanse J. Jud, *Problèmes de géographie linguistique romane*, *Rev. de Linguistique Romane*, I, 1925, y II, 1926; M. Bartoli, *Introduzione alla Neolinguistica*, Ginebra, 1925; *Per la storia del latino volgare*, *Archivio Glottologico Italiano*, XXI, y *Caratteri fondamentali della lingua nazionale italiana e delle lingue sorelle*, Torino, 1936; G. L. Trager, *Classification of the Romance Languages*, *Rom. Rev. Quart.*, XXV, 1932, 129-136; W. von Wartburg, *Evolution et structure de la langue française*, 1934 (Trad. esp. de Carmen Chust, Madrid, 1966); *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, *Zeitsch. f. rom. Phil.*, LVI (trad. por M. Muñoz Cortés con el título de *La fragmentación lingüística de la Romania*, Madrid, 1952); *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle, 1939; *La posizione della lingua italiana*, Florencia, 1940; Dámaso Alonso, reseña de los tres últimos estudios de Wartburg en la *Rev. de Filol. Esp.*, XXIV, 1937-40, 384-396; Harri Meier, *Die Entstehung der romanischen Sprachen und Nationen*, Frankfurt, 1941; Serafim da Silva Neto, *História da Língua Portuguesa*, Rio de Janeiro, 1952-54, 114 y sigs., y *Fontes do Latim Vulgar. O Appendix Probi*, Rio de Janeiro, 1956; A. Tovar, *A Research Report on Vulgar Latin and its Local Variations*, *Kratylos*, IX, 1964, 113-134, etc.

latina se quebró, y las diferencias locales constituyeron dialectos e idiomas distintos.

Es difícil precisar cuáles de estas diferencias habían aparecido ya en el latín imperial y cuáles corresponden a la época románica primitiva, pues no alcanzaron pleno desarrollo hasta mucho después. Aun así, cabe distinguir en la Romania dos grupos lingüísticos bien caracterizados: el oriental, que comprende la antigua Dacia, cuna del rumano, Dalmacia y los dialectos de la península itálica; y el occidental, constituido por Hispania, Galia, Norte de Italia o Galia Cisalpina, y Retia.

2. En los romances occidentales el ritmo del lenguaje tiende a concentrar la fuerza espiratoria en la vocal acentuada, detrás de la cual no suelen tolerar más de una sílaba. En consecuencia, ha desaparecido o se ha reducido mucho la acentuación dactílica. En cambio, los romances orientales conservan gran número de esdrújulos. Así, *fraxīnu*, *tābŭla*, *pectīne* dan en francés *frêne*, *table*, *peigne*; en provenzal, *fraise*, *taula*, *penche* o *pente*; en catalán, *freixa*, *taula*, *pinte*, y en español, *fresno*, *tabla*, *peine*; pero en italiano *frassino*, *tavola*, *pettine*, y en rumano, *frasine*, *piepten(e)*<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Estas diferencias no han de entenderse como hechos cumplidos en el latín vulgar, ni siquiera en el de los siglos v al vii, sino como tendencias apuntadas entonces y que se fueron desarrollando en el transcurso de varias centurias. El español de los siglos x y xi decía aún *tābola*, *cuēmpetet*, *póltero* 'potro', en alternancia con *tabla*, *cuemptet*, *poltro*, cada vez más favorecidos (Menéndez Pidal, *Orígenes del español*, §§ 32 y 58). La conservación o síncope de la vocal postónica es uno de los aspectos del fenómeno, pero no el único; el español ha transformado voces dactílicas en trocaicas mediante la apócope de la vocal final (*mármol*, *árbol*, *césped*, *huésped*, *pómez*, ant. *júez*, etc.), procedimiento que se da también en otros romances occidentales; el portugués llega a igual resultado rítmico eliminando la *l* y *n* intervocálicas y deshaciendo los hiatos subsiguientes (*macŭla* > *ma-*

3. En Occidente las oclusivas /p/, /t/, /c/ situadas entre vocales se sonorizaron por la acción del substrato céltico (véanse §§ 4 y 18<sub>5</sub>), sufrieron ulteriores relajaciones y han desaparecido en ciertos casos: *ripa*, *lactuca*, *mutare*, *spatha*, *spica*, *catena*, *caput*, *focus*, *amica* dan, por ejemplo, en español *riba*, *lechuga*, *mudar*, *espada*, *espiga*, *cadena*, *cabo*, *fuego*, *amiga*; en francés, *rivière*, *laitue*, *muer*, *épée*, *épie*, *chaîne*, *feu*, *amie*. En Oriente las oclusivas sordas se mantienen inalteradas: rumano *ripă*, *lăptucă*, *muta*, *spată*, *spică*; dálmata de Veglia *raipa*, *spuota*, *spalca*, *kataina*. En Italia los dialectos del Norte sonorizan y llegan con frecuencia a la omisión de la consonante (*riva*, *spada*, *cadena* y *kena*, *fogo* y *fö*, *amiga* y *spia*), mientras los del Sur conservan por lo general la sorda; las dos tendencias contienden en toscano y en la lengua literaria (*riva*, *lattuga*, *spada*, *redina* < *retina*, pero *mutare*, *catena*, *capo*, *fuoco*, *amica*, con dobles como *spica* / *spiga*)<sup>21</sup>. Añádase que en Occidente, también por probable influjo del substrato céltico, los grupos /ct/ y /cs/ han pasado a /it/ o /ê/, /is/, /iŋ/ o /s/ (v. §§ 4 y 18 n. 14), lo que no ocurre en el Centro y Sur de Italia, ni tampoco en la Dacia.

*nebŭla* > *nevoa*, *fraxīnu* > *freixeo* > *freixo*). Por otra parte, la pérdida de las vocales finales en rumano transforma después en trocaicas muchas formas originariamente dactílicas.

<sup>21</sup> La conservación de las oclusivas sordas intervocálicas en aragonés pirenaico debe considerarse como fenómeno local de substrato vasco (v. § 4<sub>5</sub>), por lo que no altera el hecho general de que la sonorización domine en todo el Occidente románico. Para el italiano, véanse G. Rohlfs, *Historische Grammatik der italienischen Sprache*, I, Bern, 1949, §§ 194-209 y 212; R. G. Urciolo, *The Intervocalic Plosives in Tuscan*, P.T.C., Bern, 1965 y reseña de H. Meier, Rom. Forsch., LXXVII, 1965, 409-415. Replantea el problema general en términos fonéticos J. Jordan, *Evolution des oclusives latines en roman*, Rev. de Ling. Rom., XXXVIII, 1974, 297-301.

4. En italiano, retorromano, dálmata y rumano la evolución de la [ć] (§ 18<sub>4</sub>) no rebasó el punto de articulación prepalatal: *caelum*, *cervus*, *vicinus* tienen /č/ o /š/ en los ital. *cielo*, *cervo*, *vicino*, retorr. *čiel*, *čierv* o *čer*, *všin*, vegliota *čil*, *vičain*, rum. *cer*, *cerb*, *vecin*. En Occidente, salvo en mozárabe, picardo y walón, prosiguió el desplazamiento hasta alcanzar articulación dental o interdental: fr. *ciel*, *cerf*, *voisin*, esp. *cielo*, *ciervo*, *vecino*, port. *ceo*, *cervo*, *vizinho*.

5. En los plurales de nombres y adjetivos hay divergencias muy características. En retorromano, catalán, español y gallego-portugués los de tema en -o adoptan como desinencia única la del acusativo -os, apoyada en Hispania por el nominativo celtibérico -os (§ 5<sub>1</sub> y 17<sub>1</sub>); a igual resultado llegaron el francés y el occitano al abandonar la declinación bicasual. En cambio el italiano y el rumano prefirieron el nominativo -ī (it. *lupi*, *muri*, *alti*, *buoni*, rum. *lupi*, *înaltii*), cuya /i/ final coincidió con el resultado fonético de los plurales en -es (*hominēs*, *clavēs*, *mulieres* > it. *uomini*, *chiavi*, rum. *oameni*, *muieri*)<sup>22</sup>.

6. El futuro románico se ha formado con el auxilio de *habere* en Occidente e Italia: esp. *cantaré*, fr. *chanterai*,

<sup>22</sup> El plural de los temas en -a se formó en la Romania occidental con la desinencia -as común a nominativo y acusativo en la lengua vulgar (§17<sub>1</sub>). Las formas italianas *pietre*, *capre* y las rumanas *piatre*, *capre*, etc., se han venido reconociendo como continuadoras de los nominativos latinos *petrae*, *caprae*. Sin embargo Paul Aebischer ha demostrado que en la Alta Edad Media documentos de toda Italia atestiguan profusamente plurales -as > -es, que con la pérdida de la -s final pudieron dar origen a las formas con -e generalizadas en el italiano normal, y a las dialectales en -a: *la sorèla* 'las hermanas', *tre kkapra* 'tres cabras', etc. (*Le pluriel -ās de la première déclinaison latine et ses résultats dans les langues romanes*, Zeitsch. f. rom. Philol., LXXXVII, 1971, 74-98).

fr. *chanterò*, de *cantare habeo*. En Oriente, el auxiliar *velle*: rum. *voiũ cînta*, de *volo cantare*.

7. Dentro de la Romania occidental unas lenguas se muestran más revolucionarias y otras más conservadoras. El francés ha llevado hasta el último extremo las tendencias generales. No se ha contentado con suprimir la acentuación estrófila, sino que, debilitando toda vocal posterior al acento, ha generalizado el ritmo agudo. Después de sonorizar /p/, /t/, /c/, ha suprimido la sonora resultante de /t/ y en muchos casos la de /c/ (*spatha* > *espée*, *épée*; *jocare* > *jouer*, etc.). En cambio, el español es más lento en su evolución. En él domina el acento llano o trocaico, intermedio entre los abundantes proparoxítonos del Oriente y el ritmo oxítono del francés; incluso conserva la vocal postónica con relativa frecuencia (*pámpano*, *huérfano*, *cántaro*, *trébede*, *víbora* y tantos otros). La relajación de las sonoras intervocálicas procedentes de /t/ y /c/ latinas no ha llegado a una pérdida tan extensa como en francés (esp. *espada*, *jugar*). En términos generales puede decirse que los primeros textos franceses están ya más alejados del latín que el español actual.

## § 21. ARCAÍSMOS DEL LATÍN HISPÁNICO.

Ha sido frecuente entre los romanistas relacionar esta evolución reposada con el carácter español, apegado a tradiciones y poco amigo de la expresión plebeya. Dejando a un lado estas razones psicológicas, poco seguras refiriéndose a época tan lejana, otros factores debieron contribuir a que el latín hispánico tuviera aspecto arcaizante en relación con el de Galia y, en muchos rasgos, con el de Italia.

1. La romanización de la Península comenzó a fines del siglo III antes de Cristo, al tiempo que Ennio y Plauto empezaban a elaborar literariamente el latín. Así como en América sobreviven usos que en los siglos XVI y XVII eran corrientes en el español peninsular y hoy no existen en él, de igual modo el latín de Hispania retuvo arcaísmos que en Roma fueron desechados. Por ejemplo, el esp. *cueva*, catalán y portugués *cova*, exigen un latín *cōva*, anterior a la forma clásica *cava*. En el latín arcaico existía un adjetivo relativo *cuius-a-um*, que llega hasta Virgilio, pero que después no se emplea sino en el Derecho; de ese adjetivo provienen el español *cuyo-a* y el portugués *cujo-a*; los demás romances lo desconocen; sólo se ha conservado en Cerdeña, romanizada antes que Hispania. En Nevio, Plauto, Ennio y Terencio, contemporáneos de las primeras conquistas romanas en la Península, se encuentran *fartus* con el sentido de nuestro *harto*; *perna* con el valor de *pierna*; *calli* 'cierta parte comestible del buey', probablemente los *callos*; *camp sare o cansare* > *cansar*; *sarrare* > *cerrar*; *res nata* 'las circunstancias, las cosas como están' y *natus nemo*, antecedentes de los medievales *cosa nada*, *homne nado* y de los indefinidos *nada* y *nadie*. En el *ningulus* de Ennio, formado sobre *singulus* y equivalente de *nullus*, parece configurado el elemento inicial de *ninguno*. Terencio usa *quaerere* con el significado del español *querer*, y en el latín del siglo II son comunes *fabulari* y *percontari* > esp. *hablar*, *preguntar*, port. *falar*, *perguntar*. Tres autores que intervinieron en las guerras hispánicas emplean en sus obras vocablos que sólo han tenido descendencia en los romances peninsulares: entre los términos referentes a la vida agrícola usados por Marco Porcio Catón (234-149) figuran *labrum* > *lebrillo*, *trapetum* > *trápiche*, *pocillum* > *pocillo*, *vervactum* > *bar-*

*becho*, *materies* y *materia* > *madera*, *mustaceus* > *mostachón*, y en otro campo semántico *lacerare*, que habla de perdurar en *lazerado* 'lastimado' y *lazarar* 'padecer' del español antiguo; en las sátiras de Lucilio (180-103) constan voces expresivas o jergales como *rostrum* 'morro, jeta' > esp. *rostro*, port. *rosto*, baro, -onis 'ganapán' > *varón*, *gumia* 'tragón' > *gomia*, *comedo*, -onis > *comilón*; también el adverbio *demagis* > cat. *demes*, esp. *demás*, port. *demais*. Varrón (116-h. 26) atestigua *capitium* 'abazón de la túnica', precedente de *capitia* > *cabeza*; asimismo menciona la *lucana* 'cierta clase de embutido', de donde deriva la *lucanica* de Marcial y otros, origen a su vez de \**lucanicea* > *longaniza*, cat. *llonganisa*. Más joven que Varrón y muerto antes que él, Lucrecio (97 ó 96-55 ó 53), aunque nunca estuvo en Hispania, emplea *salire* en la acepción de 'brotar una planta', sólo conservada en el español *salir*. Más tarde escritores de la Edad de Plata nacidos en la Península prueban que en el latín hispánico seguían vigentes antiguas voces que han sobrevivido exclusiva o casi exclusivamente en español y portugués: Séneca el filósofo muestra gran apego por *aptare* (> esp. y port. *atar*), y, lo mismo que Quintiliano, se vale de *pandus* 'curvo' (> esp. *pando*); las dos palabras corrían desde Plauto y Ennio<sup>23</sup>. El repetido uso de *triticum* por Columela y el de «*triticeum frumentum*» por Marcial anuncian la supervivencia de la palabra (sobre cuya etimología había discurrido Varrón) en el esp. y port. *trigo* (véase el apartado siguiente).

<sup>23</sup> S. da Silva Neto, *História da Língua Portuguesa*, 116 y 117; A. Tovar, *Latín de Hispania: aspectos léxicos de la romanización*, discurso de recepción en la R. Acad. Esp., Madrid, 1968, 10-35 y 45-46; *Allatein und Romanisch: sarrare, nicht sardare*, *Glotta*, XLVI, 1968, 267-274, y *Catón y el latín de Hispania*, «*Philologische Studien für Joseph M. Piel*», Heidelberg, 1969, 201-208.

2. El distanciamiento geográfico de la Península respecto al Centro del Imperio fue otra causa para que su latín cambiara con menos rapidez. Las innovaciones partían de Roma, foco principal de la Romania; allí confluía la población dispersa de las provincias y se emitían las modas de lenguaje. Galia era otro centro irradiador: su comunicación con la metrópoli, más estrecha que la de las demás regiones, el establecimiento de sede imperial en Tréveris y el carácter revolucionario del latín galo favorecían allí la difusión de las novedades procedentes de Roma, a las que se añadieron otras. En cambio, comarcas más alejadas, como Hispania, Cerdeña, el Sur de Italia, Sicilia, los valles alpinos, Dalmacia y Dacia, ignoraron muchos neologismos y conocieron otros en grado insuficiente para que pudieran enraizar.

Así se explican las coincidencias léxicas entre el español y los romances meridionales, orientales y de zonas aisladas. Al desaparecer el clásico *loqui*, triunfó *fabulari* o \**fabellare*, que subsisten en el esp. *hablar*, port. *falar*, sardo *faeddare*, retorromano *favler*; pero Italia y Galia adoptaron el tardío \**parabolare* (fr. *parler*, it. *parlare*). Las coincidencias del español con el rumano son especialmente abundantes; y como la Dacia quedó separada del resto de la Romania a partir del siglo III, revelan una etapa lingüística anterior a la escisión. En lugar del latín clásico *invenire*, el lenguaje vulgar acudió a una metáfora propia de la caza: *afflare* 'resollar el perro al oler la presa' pasó a significar 'encontrar' (esp. *hallar*, port. *achar*, dialectos meridionales de Italia *añhari*, *aśá*, siciliano *aśari*, retorrom. obvaldés *unflá*, dálmata *aflar*, rum. *afla*); después surgió \**tropare*, de origen discutido, que ha dado el fr. *trouver* y el it. *trovare*. De los adjetivos *pulcher* y *formosus*, el primero, más selecto, no subsistió en el latín vulgar; *formosus*, más popular, queda en el español *hermoso*,

port. *fermoso* y rum. *frumos*; pero *bellus*, netamente vulgar y más reciente, prevaleció en el Centro de la Romania (fr. *beau*, it. *bello*; el español *bello* ha sido siempre literario, o, al menos, poco general). *Fervere* se mantiene en el esp. *hervir*, port. *ferver*, pullés *ferve*, rum. *fierbe*; pero *bullire* 'echar burbujas' se propagó por casi toda Italia (*bollire*) y Galia (*bouillir*), desplazando a *fervere*. De modo similar *latrare* (esp. *ladrar*, rum. *latra*), *mensa* (esp. *mesa*, rum. *masă*) y *arena* (esp. *arena*, rum. *arină*) son más antiguos que \**baubare* (fr. *aboyer*, it. *abbaiare*), *tabula* (fr. *table*, it. *tavola*) y *sabulum* (francés *sable*, it. *sabbia*, *sabbione*). *Triticum*, cuya presencia en escritores hispanorromanos acabamos de mencionar, sólo se ha conservado en el esp. y portugués *trigo*, en el sardo *tridicu* y en valles de los Alpes réticos (*tridik*, *trédi*); el resto de la Romania prefirió *frumentum* (> it. *frumento*) o adoptó *blatum*, tomado del fránico (> fr. *blé*, prov. y cat. *blat*). A estos ejemplos se podrían añadir bastantes más<sup>24</sup>.

3. Igual ocurre con fenómenos de tipo gramatical. Entre los sustitutos del comparativo clásico *brevior*, *longior*, la perífrasis *magis longus* era anterior a *plus longus* y estaba más admitida; *magis* es la partícula comparativa que sigue usándose en los romances peninsulares y en rumano (port. *mais*, esp. *más*, cat. *mes*, rumano *mai*); la Romania central prefirió *plus* (fr. *plus*, italiano *più*)<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Véanse los estudios de Bartoli citados en la nota 19; S. da Silva Neto, *História da Língua Portuguesa*, 118-130; G. Rohlfs, *Die lexikalische Differenzierung der romanischen Sprachen*, München, 1954 (trad. y notas de M. Alvar, *Diferenciación léxica de las lenguas románicas*, Madrid, 1960). Para las coincidencias entre los romances hispánicos y el rumano, v. bibliografía en Baldinger, *La formación de los dominios ling. en la Pen. Ib.*, 108, n. 100.

<sup>25</sup> La comparación con *plus* no fue desconocida en España: las Olosas del siglo X traducen *asperius* por «*plus áspero, más*»; en portugués medieval existió *chus*, y Berceo usa *plus* y *chus*; en ca-

Los demostrativos *hic*, *iste*, *ille* indicaban en latín la gradación de distancia en relación con las tres personas gramaticales; al perderse *hic*, el latín peninsular expresó la triple gradación con *iste*, *ipse* y *eccu(m) ille* o *atque*<sup>26</sup> (*eccum*) *ille* (esp. *este*, *ese*, *aquel*; port. *este*, *esse*, *aquelo*); en los demás países románicos, salvo Sicilia y el Sur de Italia, los demostrativos se redujeron a distinguir la proximidad y la lejanía (fr. *celui-ci*, *celui-là*; it. *questo*, *quello*<sup>26</sup>, rumano *acest*, *acel*). A igual polarización en dos categorías ha llegado el catalán moderno; pero el medieval distingue los tres grados como hace todavía hoy el valenciano (*est*, *eix*, *aquell*)<sup>27</sup>.

En español, portugués y catalán (sobre todo catalán antiguo y valenciano) se conserva el pluscuamperfecto latino *amaveram*, *potueram*, total o parcialmente convertido en subjuntivo (esp. *amara*, *podiera*; portugués *amara*, *podera*, *dormira*; cat. *amara*, *poguera*, *dormira*); fuera de la Península sólo existe en provenzal y en dialectos del Sur de Italia; el francés lo olvidó muy pronto. El futuro *amavero* sólo queda precariamente en España y en la Rumania oriental (port. *cantar*, *dormir*; esp. *cantare*, *durmiere*; dálmata *kanturo*, con valor de futuro imperfecto; rumano de Macedonia *cintare*, *dormire*).

talán ant. y dialectal hay *pus*. Pero tales restos no invalidan la general preferencia de los romances peninsulares por *magis*.

<sup>26</sup> Como introductor enfático *atque* aparece frecuentemente ante demostrativos y sobre todo ante *eccum*, *eccam* (*Thesaurus Linguae Latinae*, I, 1076). Véase F. González Ollé, *Precisiones sobre la etimología de «aquel»*, «Homenaje a Muñoz Cortés», Murcia, 1977, II, 863-869. En gall.-port. ant. hay *aque* 'he aquí' (Dámaso Alonso, *Etimologías hispánicas*, Rev. de Filol. Esp., XXVII, 1943, 41-42).

<sup>27</sup> Véase A. Badia, *Los demostrativos y los verbos de movimiento en iberorrománico*, «Estudios dedics. a M. Pidal», III, 1952, 3-31. En italiano central la triple referencia se mantuvo mediante la creación de *cotesto*, *codesto* (< *eccu(m) tibi istum*); pero ya en el siglo XIV se extendía a costa suya *questo*, y hoy está en decadencia.

4. Otras veces los romances peninsulares concuerdan con los de rincones alpinos, Cerdeña o Dacia, en usos ajenos al latín clásico, que ha mantenido los suyos en Galia e Italia. En estos casos hay que suponer que las coincidencias son resultado fortuito de evoluciones independientes entre sí, o bien que se trata de innovaciones generales a toda la Rumania en un tiempo determinado, pero desechadas más tarde en Italia y Galia, mientras se conservaban en regiones laterales o aisladas. Esto último parece haber ocurrido con *germanus* (> esp. *hermano*, port. *irmão*, catalán *germá*), que desplazó en España al clásico *frater* (> fr. *frère*, it. *fratello*), cosa que ocurre también en los dialectos de Bérgamo y la Valtelina: tales son los restos de un dominio anterior más amplio, pues *germanus* aparece sustituyendo a *frater* en textos merovingios, y prevaleció hasta el siglo XII en toda Italia, a excepción del extremo Sur<sup>28</sup>. En el fr. *vouloir*, it. *volere*, cat. *voler*, pervive *velle*, vulg. *volere*, mientras que el Centro y Occidente de la Península, así como Cerdeña, adoptaron *quaerere* 'buscar', que Terencio (v. apartado 1) usaba como expresión de voluntad (> esp. y port. *querer*, logudorés *kerrere*); pero el francés antiguo conoció también *querre* 'désirer, vouloir', después eliminado<sup>29</sup>. En el latín clásico *passer* significaba propiamente 'gorrión, pardal'; pero en algún pasaje de Cicerón parece tener el sentido amplio que ha prevalecido en el esp. *pájaro*, port.

<sup>28</sup> P. Aebischer, *L'italien pré-littéraire a-t-il dit «germano» et «germana» pour «frère» et «soeur»? Étude de stratigraphie linguistique*, Zeitsch. f. rom. Philol., LVII, 211-239.

<sup>29</sup> En el siglo XIII Adam de la Halle alterna los dos verbos: «De bien amer *veil* maintenir l'usage: / plus douchement ne *quier* mon bon user» (Bartsch, *Chrestom.*, 76<sup>o</sup> a, 21-22). Los únicos restos de *volere* en español están fosilizados en pronombres indefinidos arcaicos: el preliterario *qualbis* (Menéndez Pidal, *Orígenes*, § 69) y *sivuelque*, *sivuelqual*, *qualsivuel* 'cualquiera', *sivuelquando* 'cuandoquiera', usados por Berceo.

*pássaro* y rum. *pasăre*<sup>30</sup>; el resto de la Romania prefirió a *vicellu* (fr. *oiseau*, it. *uccello*, prov. *auzel*, cat. *aucel*).

5. Sólo en el Centro y Occidente de la Península guardó el latín hablado ciertos rasgos de época clásica que desaparecieron en el uso de las demás provincias. Los numerales de decena mantuvieron la acentuación clásica -a g i n t a, asegurada por una inscripción hispana del siglo VI (*septuazinta*) y por los derivados romances *sessenta*, *setaenta* (> port. moderno *sessenta*, *setenta*; esp. moderno *sesenta*, *setenta*); en el resto de la Romania la terminación -a g i n t a sufrió un cambio de acento y se contrajo en -a n t a (fr. *quarante*, *soixante*; it. *quaranta*, *sessanta*).

Estas y otras particularidades, unidas a los demás arcaísmos señalados antes, debían de dar al latín de España cierto dejo de vetustez, compensado por la originalidad y abundancia de sus innovaciones (v. § 23).

## § 22. DIALECTALISMOS ITÁLICOS EN EL LATÍN DE HISPANIA<sup>31</sup>.

1. Por testimonio de los historiadores antiguos se sabe que entre los legionarios venidos a Hispania durante el si-

<sup>30</sup> *De Finibus*, 2, 23: «Voluptas, quae passeribus nota est omnibus, a nobis, a nobis intelligi non potest?».

<sup>31</sup> Véanse R. Menéndez Pidal, *Orígenes*, §§ 52-55 y 96; *A propósito de I- y II latinas. Colonización suditálica en España*, Bol. R. Acad. Esp., XXXIV, 1954, 165-216; y *Dos problemas iniciales relativos a los romances hispánicos*, «Encicl. Ling. Hisp.», I, 1960, LIX-CXXXVIII; H. Meier, *Ensaïos de Filología Românica*, Lisboa, 1948, 11-16; S. da Silva Neto, *História da Língua Port.*, 116-117, y *Fontes do Latim Vulgar*, Rio de Janeiro, 3.<sup>a</sup> ed., 1956, 166-169; V. Bertoldi, *Episodi dialettali nella storia del latino della Campania e dell'Iberia*, «Est. dedic. a M. Pidal», III, 1952, 33-53; Dámaso Alonso, *Metafonía y neutro de materia en España (sobre un fondo italiano)*, Zeitsch. f. rom. Philol., LXXIV, 1958, 1-24; *La fragmentación fonética peninsular*, «Encicl. Ling. Hisp.», I, Supl., 1962, 105-154; A. Tovar, *Latín de Hispania*, 1968, 37-46. Entre los contradictores de la tesis suritálica destaca G. Rohlf's, *La importancia del gascón en los estudios de los idiomas hispánicos*, «I Con-

glo II antes de J. C. los romanos estaban en minoría respecto a itálicos de otra procedencia cuya lengua originaria no era el latín, sino el osco o el úmbrico, otros dialectos indoeuropeos. Muchos de esos legionarios se asentaron como colonizadores. La presencia de itálicos no latinos se renovó después con las guerras sertorianas de los años 80-72: Sertorio había nacido en la Sabina, tierra de dialecto sabélico-osco, y seguramente le acompañaron paisanos suyos. Las inscripciones hispano-latinas abundan en nombres personales como *Campanus*, *Sabinus*, *Lucanus*, *Tuscus*, *Apulus*, que proclaman oriundez no romana. Otros gentilicios itálicos se han perpetuado en la toponimia española: la comarca de los *Oscos* en el Occidente de Asturias, *Salentinos* en León, *Polentinos* en Avila, se añaden al antiguo *Spoletinum*, cercano a la gran *Itálica*, la «Itálica famosa» de Rodrigo Caro. Tales gentes reprodujeron en su nueva residencia los nombres de la originaria: *Abella* (Lérida), *Vinuesa* (Soria), el antiguo *Suessa* (Tarragona) y *Suesa* (Santander) son evidente recuerdo de *Abella*, *Venusia* y *Suessa* de Campania y Apulia.

2. Mucho se ha discutido la influencia que los inmigrantes itálicos no latinos pudieron ejercer en el habla de las provincias. Ha de tenerse en cuenta que hasta la Guerra Social (comienzos del siglo I antes de J. C.) tanto el osco como el úmbrico gozaban plenitud de vida; doscientos años más tarde el osco seguía usándose aún, según lo demuestran inscripciones pompeyanas. Es muy significativo que una ins-

cripción Internac. del Pirineo», 1952; *Concordancias entre el catalán y el gascón*, «VII Congr. Internac. de Ling. Románica», II, 1955, 663-672; *Dakische Latinität in Spanien?*, *Revue de Ling. Romane*, XIX, 1955, III-225, y *Vorrömischer Lautsubstrate auf der Pyrenäenhalbinsel?*, *Zeitsch. f. rom. Philol.*, LXXI, 1955, 408-413; C. Blaylock, *Latin I, -II in the Hispanic Dialects: Retroflexion and Lenition*, *Rom. Philol.*, XXI, 1967-68, 392-409. Bibliografía crítica y más completa en K. Baldinger, *La formación de los dom. ling. en la Pen. Ib.*, 1972, 104-124.

cripción pamplonesa del año 119 dé octuber por october, pues el vocalismo osco tenía /ū/ donde el latín /ō/; de octūber proceden el esp. *octubre*, ant. *ochubre*, port. *outubro*, cat. *uytubre*; en igual caso están el esp. *nudo* y el cat. *nu*, que presuponen \*nūdus en vez de nōdus. También los esp. *pómez*, *esteva* y *cierzo*, port. *pomes* y cat. *cerç* provienen de formas dialectales pōmex, stēva y cērcius (este último, usado por Catón) y no de las latinas puras pūmex, stīva y cīrcius.

3. La hipótesis del influjo suritálico en el latín traído a Hispania se fortalece en vista de una serie de coincidencias que se dan entre los actuales dialectos del Mediodía italiano, Sicilia y Cerdeña de una parte, y los romances hispánicos de otra. En el italiano meridional, siciliano y sardo la /r/ inicial de palabra se refuerza hasta pronunciarse /r̄/, esto es, como *rr-*, igual que en catalán, español, portugués y gascón. En zonas de ambas penínsulas se refuerza también la /l-/ inicial, que, equiparada a la /H/ interior, da en unas áreas resultado palatal (/ll/, /yy/ o, simplificado, /l̄/, /y/), y resultado cacuminal<sup>32</sup> en otras (/ḏḏ/, /ṭṭ/, /ḏ/, /ṭ/, etc.); así los suditálicos actuales *lluna*, *luna*, *ḏḏuna*, *yupo*, *ḏana*, *ḏḏengua* tienen su paralelo en los catalanes *lluna*, *llop*, *llana*, *llengua*, en los astur-leoneses *lluna*, *llobu*, *llana*, *llingua* o *ḏuna*, *ṭsuna*, *ṭsobu*, *ṭsana*, *ṭsingua*, en los mozárabes *yengua*, *llanças* 'lanzas', etc., y en otras numerosas muestras en textos y toponimia del Centro y Sur peninsulares (v. § 44). La cacuminalización de /-H-/ interior y no de /l-/ inicial ocurre en la mayor parte del Mediodía italiano y en Sicilia, Cerdeña, el Pirineo aragonés y Gascuña<sup>33</sup>. Menor pujanza que el refuer-

<sup>32</sup> «Cacuminales», «retroversos» o «retroflexos» son los sonidos que se articulan elevando la lengua hacia el paladar o los alvéolos de modo que los toque con el borde o cara inferior del ápice.

<sup>33</sup> El meridionalismo del fenómeno tiene además en su apoyo el hecho de que el latín africano pronunciaba *llargus*, *lllex*, según

so de /r-/ y /l-/ tiene el de /n-/ inicial, manifiesto sólo en astur-leonés (*ño*, *ñariz*) y esporádicamente en Italia (*nnutu unido* en Apulia, *ignudo* del italiano general, etc.)<sup>33 bis</sup>.

4. Caso más problemático es el de las reducciones /mb/ > /m/, que se da en catalán, aragonés, castellano y gascón (*lumbu* > *lomo*, cat. *llom*; \**palumba* > *paloma*, *columba* > catalán *coloma*); /nd/ > /n/, general en catalán (*demandare* > *demanar*) y gascón, frecuente en aragonés antiguo; y /ld/ > /ll/, /l/ o /l/ (*soldata* > *sollada*), que se ve en ejemplos dispersos, pero numerosos, de Aragón, Castilla, León, Toledo y hasta de Sevilla y Cádiz, en la Edad Media<sup>33 ter</sup>. Las tres asimilaciones son normales en los dialectos del Centro y Sur de Italia, con las mismas diferencias de extensión e intensidad que en España; allí guardan innegable relación con el substrato lingüístico osco-umbro<sup>33 quater</sup>. También la sonorización de /p/, /t/, /k/ tras nasal, /r/ o /l/, practicada en valles alto-aragoneses (*cambo*, *fuande*, por *campo*, *fuate*) es corriente en el Centro de Italia y existía en úmbrico. Aunque esta sonorización alto-aragonesa se halla en estrecha relación con la habitual en vasco (v. § 45), la influencia de los colonizadores itálicos pudo reforzar las tendencias nativas. Los cuatro fenómenos, aunque /mb/ > /m/ alcance mayor difusión, se congregan en España hacia la región pirenaica,

aseguran el gramático Pompeyo y San Isidoro (H. Schuchardt, *Vocalismus des Vulgärlateins*, III, 303; Silva Neto, *História da Língua Portuguesa*, 124).

<sup>33 bis</sup> Hay ejemplos aragoneses medievales y alguno actual aislado; véase Menéndez Pidal, «Encicl. Ling. Hisp.», I, LXXXIX-XC.

<sup>33 ter</sup> A los ejemplos aducidos por Menéndez Pidal (*Orígenes*, § 54) añade B. Pottier los de *alcalde*, *cabildo*, que llegan a superar en frecuencia a los de *alcalde*, *cabildo* en el siglo XIV y decaen más tarde (*Geografía dialectal antigua*, Rev. de Filol. Esp., XLV, 1962, 241-257).

<sup>33 quater</sup> Para la conservación de *-mb-* y *-nd-* en la escritura y en el uso culto o urbano durante la Edad Media y siglo XVI, véase Alberto Varvaro, *Capitoli per la storia linguistica dell' Italia Meridionale e della Sicilia*, Medioevo Romano, [1980].

en torno a las ciudades sertorianas *O sca* e *I ller da*; el nombre de *O sca* (> *Huesca*) alude a la procedencia de sus colonos<sup>34</sup>.

5. En el Noroeste peninsular la /ũ/ latina en posición final, articulada en romance como /u/, cierra la vocal tónica. El fenómeno está registrado en Portugal, el centro de Asturias y el valle del Pas, en Santander; falta exploración suficiente respecto de Galicia. En portugués la metafonia provocada por la /u/ final (escrita *o*), aparte del caso excepcional *tõtu* > *tudo*, afecta casi exclusivamente a la /e/ y la /o/ procedentes de /ě/ y /õ/ latinas; ambas vocales se cierran ante la /u/ de nombres y adjetivos masculinos en singular (*çorno*, *hõrto*, *sõgro*) pero se conservan abiertas ante la /a/ del femenino y ante el resultado del plural latino /-õs/ (*çornos*, *hõrta*, *hõrtos*, *sõgra*, *sõgros*). En el asturiano

<sup>34</sup> Menéndez Pidal (*Orígenes*, § 55 bis y «Encicl. Ling. Hisp.», I, LXII-LXVI) asienta que *O sca* es el nombre dado por los romanos a la ciudad, mientras las inscripciones monetales más antiguas en escritura ibérica la llaman *Bolscan*, y sólo unas pocas de las más modernas *Holscan* u *Olscan*. Se ha atribuido a vasquismo la pérdida de la /b/ inicial, pero es hipótesis carente de fundamento: L. Michelena, *Fonética Histórica Vasca*, 1961, no menciona semejante fenómeno. Por otra parte *Olscan* es demasiado tardío: «*O sca* —dice Menéndez Pidal— era corriente en latín cuando todas las monedas decían *Bolscan* y no *Olscan*»; y la supuesta reducción de *Olscan* a *O sca*, contraria a la cronología, lo es también a la evolución fonética normal, ya que no se explica la desaparición de la /l/ sin dejar rastro. Finalmente es tentador el parecido entre *Bolscan* y el nombre de los *volscos*, el pueblo itálico vecino y enemigo de Roma en tiempo de Coriolano (véanse una leve insinuación de A. Tovar, *Anales de Filol. Clás.*, 5, Buenos Aires, 1950: 52, 157, y el artículo de M. Dolç *Los primitivos nombres de Huesca*, Argensola, 1951, 153-165); en el siglo II Titinio menciona juntos a *oscos* y *volscos* como gentes que hablan sus lenguas respectivas por ignorar el latín (Tovar, *Latín de Hispania*, 38-39); sin embargo la identificación de *Bolscan* y *volsci* exigiría demostrar previamente que *Bolscan* es nombre posterior a la llegada de itálicos y no, como parece, indígena.

central la acción de la /u/ alcanza a toda /o/, /e/ y /a/; ya hacia 1155 se documenta *mancibo* frente a *manceba*; hoy, *peba*, *cuirnu*, *sentu*, *silicusu*, frente a *pelos*, *cuernos*, *santos* y *sentia*, *silicosos*. Y en el habla pasiega son normales *babiru*, *apju*, *arruyu*, *lubu*, *niitu*, *puiblo* contra *baberos*, *espejos*, *santos*, *pueblos*, etc.; la /a/, sin llegar a /e/, se hace algo palatal ante /u/. Excepción importante es el adjetivo aplicado a nombres de materia: termina invariablemente en /-u/, /-o/, aunque el nombre sea femenino, y no cierra la vocal tónica («*tá negro* el arroz», «*borona secu*»); los sustantivos de tema en /-o/ usados en sentido general de materia no cierran su vocal final ni inflexionan la tónica (*pebo*), pero lo hacen cuando se refieren a unidades concretas y numerables (*pilu*). Este neutro de materia se extiende desde el cabo de Peñas y Pola de Lena hasta zonas de la Montaña santanderina, como Cabezón de la Sal y el valle del Pas. Tanto la metafonia como el neutro de materia tienen en el Mediodía italiano áreas, antigüedad y pujanza mayores que en el Noroeste de nuestra Península. La filiación no deja lugar a dudas, pese a diferencias explicables por las distintas condiciones en que ambos fenómenos se desarrollaron en el país de origen y en el colonizado, aislados entre sí desde la caída del Imperio romano<sup>35</sup>.

6. Las lenguas iberorrománicas concuerdan con los dialectos del Sur de Italia y Sicilia en rasgos característicos de su morfología y sintaxis: sistema y formas de los tres demostrativos (v. § 21); empleo de la preposición *a* ante objeto directo que designe persona individuada («*si vvisto a ffrà-*

<sup>35</sup> R. Menéndez Pidal, *Pasiegos y vaqueiros*, Archivum, IV, 1954, 118; D. Alonso, v. nota 31; R. J. Penny, *El habla pasiega: ensayo de dialectología montañesa*, Londres, 1970, §§ 41-45 y 158. Robert A. Hall, Jr., niega la existencia de un «neutro de materia» y trata de explicar el fenómeno como resto del ablativo partitivo latino ('*Neuters*', *Mass-nouns, and the Ablative in Romance*, Language, XLIV, 1968, 480-486).

timo?» '¿has visto a mi hermano?'); uso de *tene re* a costa de *habere* para expresar la posesión, e incluso como verbo auxiliar; precedente *umbro* para *fui* como perfecto de *esse* y de *ire*, etc. En el léxico, aparte de las coincidencias que Hispania y las hablas suritálicas comparten con otras zonas periféricas de la Romania (§ 21<sub>2</sub>), hay otras exclusivas de las dos penínsulas o de ambas y Sicilia o Cerdeña: el calabrés *dassare* y el siciliano *dassari* corresponden al cat. *deixar*, esp. *dejar*, gall. y port. *deixar*; la evolución semántica de *plīcare*, *applicare* ha conducido a igual resultado en el cal. *akkikare*, sic. *kikari*, esp. *allegar*, *llegar*, gall. y port. *chegar*; lo mismo *levare* > cal. *levare*, sic. *livari*, esp. *llevar*, gall. y port. *levar*. En estos casos las preferencias suritálicas e iberorrománicas contrastan con la elección de *laxare*, \**arripare* y *portare* en la Romania Central (fr. *laisser*, *arriver*, *porter*, it. *lasciare*, *arrivare*, *portare*). A estos ejemplos podrían añadirse otros<sup>36</sup>. Además no debe olvidarse la procedencia de autores arcaicos latinos en cuyas obras se han señalado antecedentes de vocablos hispanos típicos (§ 21<sub>1</sub>): Nevio y Lucilio habían nacido en Campania, Plauto en Umbría y Ennio en Calabria. Por otra parte el gaditano Columela aplica a la higuera el adjetivo *bifera*, que solo subsiste, sustantivado, en Cosenza (*bifaru*), los Abruzzos (*vefere*), el esp. *breva*, gall. *bebra* y port. *bebera*, *befara*.

7. El influjo suritálico en el latín de Hispania no se manifiesta de manera uniforme. Son generales el refuerzo de

<sup>36</sup> Véanse G. Rohlfs, *Die Quellen des unteritalienischen Wortschatzes*, Zeitsch. f. rom. Philol., XLVII, 1926, 135-164; H. Meier, *Ensaio de Filol. Rom.*, 11-16; Silva Neto, *Hist. da Lin. Port.*, 122-124; Menéndez Pidal, *Colonización sudit.*, CXXXVIII; Dámaso Alonso, *La fragmentación fonét. penin.*, 140-146; A. Tovar, *Latín de Hisp.*, 36 y 43; Joseph Palermo, *Il problema del siciliano. Alcune isoglosse ibero-siciliane rilevanti*, «Atti XIV Congr. Internaz. di Ling. e Filol. Romanza, Napoli, 1974, 17-29».

*/r/* inicial en */r̄/*, la subsistencia de los tres demostrativos, el acusativo con *ad* para el objeto directo personal, la extensión de *tene re* y *fui* a costa de *habere* e *ivi*, *laxare* por *laxare*, etc. Pero la palatalización de */l/* inicial en */l̄/* no alcanzó a la Gallaecia ni al Oeste de Lusitania; la asimilación */mb/* > */m/* solo arraigó en la Tarraconense, y */nd/* > */n/* en el Nordeste de ella. En cambio la */si/* final sólo provoca metafonía en el Noroeste, y el neutro de materia se limita a parte de Asturias y de la Montaña. Por último los resultados cacuminales de */l-/* y */-ll-/* sólo se producen en una zona de Asturias y León, a caballo de la cordillera cantábrica, y en otra del Pirineo aragonés. Estas diferencias han de atribuirse a factores de diversa índole: la variedad lingüística del Sur de Italia era y es muy grande. El contingente de legionarios y colonos de unas y otras regiones no hubo de ser el mismo en cada expedición ni en cada época. Es de suponer que los itálicos asentados en la Tarraconense durante el siglo II estarían menos latinizados que los combatientes de las guerras cántabro-astúricas bajo Augusto. Por otra parte los dialectalismos de su latín encontraron en layetanos, ilergetes y vascones substratos distintos de los precélticos y célticos del Noroeste.

8. Sobre la posible relación del betacismo del Norte peninsular con el suritálico, v. § 4<sub>3</sub>, n. 28.

## § 23. NEOLOGISMOS DEL LATÍN HISPÁNICO.

1. En el latín hispánico apuntaban seguramente novedades exclusivas suyas. Perduraban rasgos de pronunciación y vocablos procedentes de las lenguas primitivas (v. §§ 4-6). Otras veces eran procesos autóctonos del latín peninsular y pueden inducirse del ulterior desarrollo de los romances his-

panos; así la tendencia a eliminar la conjugación -ēre en beneficio de las en -ēre o -īre, reduciendo a tres los cuatro paradigmas verbales (*facēre* > *hacer*, *scribēre* > *escribir*); así también formaciones léxicas como \**expergitare* (> esp. y port. *espertar*, *despertar*) por *expergiscēre*; \**appacare* (> esp., cat. y port. *apagar*), por *exstinguere*; \**callare* (> esp. y cat. *callar*, port. *calar*), por *tacere*; \**maneana* (> esp. *mañana*, port. *manhã*) junto a *mane* (> «la man» en el Cantar de Mio Cid); \**veranum tempus* (> esp. *verano*, port. *verão*); \**cibata* (> esp. *cebada*, port. *cevada*; con el sentido de 'avena', prov. y cat. *civada*); *cereola* (> esp. *ciruela*, gall. *cirola*) por *pruna*; cambios de función gramatical, como el del participio *calens*, -*entis* convertido en adjetivo sustituto de *calidus* (cat. *calent*, esp. *caliente*, port. *quente*); o la extensión del adverbio *tarde* a uso sustantivo, en vez de *sera* (esp., port. *tarde*); y cambios semánticos como el de *sobrinus* 'primo segundo', que ocupó el lugar de *nepos* (esp. *sobrino*, port. *sobrinho*); el de *rivus*, que del significado de 'arroyo' pasó al de 'curso importante de agua' (> cat. *riu*, esp. y port.  *río*), propio de *fluvius* o *flumen*; y el de *cibaria* 'alimentos' a 'cereales, grano' (esp. *cibera*)<sup>37</sup>.

2. Poseemos noticias concretas acerca de unas cuantas palabras características del latín hablado en nuestro suelo: Columela usa *vulturnus* 'viento del Sur' (> esp. *bochorno*); él y Séneca emplean *subitaneus* (> esp. *supitaño*);

<sup>37</sup> Véanse J. Jud, *Problèmes de géographie linguistique romane*, Rev. de Ling. Rom., I, 1925, 181-236, y II, 1926, 163-207; Paul Aebischer, *Les dénominations des 'céréales', du 'blé' et du 'froment' d'après les données du latin médiéval*, «Essais de Philologie Moderne», 1953, 77 y sigts.; G. Rohlf, *Aspectos y problemas del español en su enlace con los otros romances*, «Probl. y principios del estructuralismo ling.», Madrid, 1967, 231-239.

y Séneca da a *pravus* el valor de 'duro, riguroso, violento' conservado en el esp. *bravo*. Plinio cita el hispanismo *formacæus* 'pared', que ha dejado por única descendencia románica el español *hormazo* 'pared hecha de tierra'. En inscripciones hispanolatinas se encuentran otras: *collactæus*, regresión de *collactanæus* 'hermano de leche', es el origen del español medieval *collaço*; el masculino *mancipius*, en lugar del neutro clásico *mancipium*, prueba que era término usado entre el vulgo español; en efecto, se ha conservado en la Península (esp. *mancebo*, cat. *masip*), mientras se ha perdido en el resto de la Romania. *Altarium* por *altare* es forma precursora del español *otero*, port. *outeiro*.

3. En los albores de la época romance, San Isidoro recoge muchas voces usadas en el habla vulgar de España. Algunas son privativas de ella: *antenatus* (> español *alnado*); *argentæus* 'blanco' (> esp. ant. *arienço*); *bostiar* 'establo de bueyes' (> esp. *bostar*, port. *bostal*); *catenatus* (> esp. *candado*, port. *cadiado*, catalán *cademat*); *colomellus* 'diente canino' (> esp. *colmillo*); *serralla* 'lechuga silvestre' (> esp. *cerraja*, port. *serralha*, cat. *serralla*). Una caprichosa etimología isidoriana dice que al gato se le llamaba *cattus* «quia *cattat*, id est, videt»; con ello nos da la certeza de que en el siglo VII los hispanogodos empleaban el verbo *cattare* (< *captare*) con el sentido de 'ver, mirar', propio del esp. medieval *catar*, conservado hoy en *catadura* 'aspecto', *catalejo*, *cataviento*. Y la afirmación isidoriana «omne satis viride amarum dicitur» aclara el origen del esp. *amarillo*, port. *amarelo*<sup>38</sup>.

<sup>38</sup> Menéndez Pidal, *Manual*, § 2; Carnoy, *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions*, Bruxelles, 1906; J. Sofer, *Lateinisches und Romanisches aus den Etymologiae des Isidorus von Sevilla*, Göttingen, 1930; A. To-var, *Latín de Hisp.*, 34 y 36.

4. Frente a la consideración general del español y del rumano como romances arcaizantes, hay reacciones que, con justicia, ponen de relieve la potencia creadora de sus neologismos<sup>39</sup>. Realmente son dos aspectos complementarios de la fuerte peculiaridad que caracteriza a cada una de las dos lenguas.

#### § 24. DIFERENCIAS REGIONALES EN EL LATÍN HISPÁNICO.

1. Durante el período romano el latín peninsular debía de ser bastante uniforme. Sin embargo, entre los siglos vi y x lo veremos fraccionarse en diversos dialectos románicos. Ya se han indicado los factores que contribuyeron a mantener la cohesión lingüística bajo el Imperio, y cómo, al desaparecer aquéllos, hubieron de surgir las variedades romances. Pero cuando tratamos de inquirir si antes del siglo vi apuntaban en España diferencias regionales que pudieran ser base de futuras escisiones, hemos de renunciar a la certidumbre absoluta y contentarnos con hipótesis.

2. La división administrativa romana no era arbitraria. Los conventos jurídicos que integraban las provincias parecen haberse atendido, en su demarcación, a núcleos previos de pueblos indígenas. A esta diversidad étnica —y posiblemente de substrato lingüístico— se añadió la concentración de actividades de cada convento en torno a su capital. Formábanse de este modo subcomunidades, dentro de las cua-

<sup>39</sup> I. Jordan, *Paralelos lingüísticos rumano-españoles*, «Actas del II Congreso Intern. de Hispanistas», Nijmegen, 1967, 347-355; *El lugar del español entre los idiomas romances*, «Actas del V Congreso...», I, Bordeaux, 1977, 49-58. Más ponderadamente, Marius Sala, *El rumano y el español, áreas laterales de la Romania*, «Lengua, Literatura, Folklore. Est. dedic. a R. Oroz», Santiago de Chile, 1967, 439-448.

las se perpetuaban arcaísmos o aparecían innovaciones exóticas a las comarcas vecinas. La Iglesia estableció sus sedes episcopales con arreglo, generalmente, a la distribución de conventos y provincias romanas, continuándolas después del Imperio y profundizando la disociación. En la geografía actual quedan huellas de tan antiguas divisiones: la región de Miranda do Douro, que perteneció al convento y después de Astorga, habla dialecto leonés, no obstante haberse enclavada políticamente en tierra portuguesa desde fecha muy lejana<sup>40</sup>. Cantabria formaba parte de la Gallaecia, mientras la meseta burgalesa correspondía a la Cartaginense, el castellano de la Montaña y otras zonas norteñas fue, por algún tiempo, distinto del de Burgos en ciertos caracteres<sup>41</sup>.

3. La romanización se efectuó en distintas épocas y condiciones para cada región. Iniciada en la Bética y la Tarraconense, hubo de formarse en ellas el sedimento lingüístico que fue llevado más tarde al interior. En la Bética, apartada y alta, patria de retóricos y poetas, se hablaría seguramente un latín conservador, purista en cierto grado. En cambio, la Tarraconense oriental era ruta obligada de legionarios, soldados y mercaderes; es de suponer que acogiera una población flotante que se expresaría con descuido, traería novedades de lenguaje y propendería sin duda al neologismo. Al progresar la romanización, los focos ciudadanos de Évora, Brácar, Emérita y Astúrica recibieron, probablemente, el latín de la Bética, mientras el de la Tarraconense, avanzando por la vía romana del Ebro, debió de llegar hasta la meseta septentrional<sup>42</sup>. En Cataluña, Aragón y Burgos en-

<sup>40</sup> Menéndez Pidal, *El dialecto leonés*, 1906 (ed. Oviedo, 1962, 19-20).

<sup>41</sup> Véase después, § 47.

<sup>42</sup> Véase H. Meier, *Beiträge zur sprachlichen Gliederung der Py-*

contraremos más adelante ciertos rasgos innovadores que no aparecen en el Sur y el Oeste (reducciones /ai/ > /e/, /au/ > /o/, /mb/ > /m/).

La Tarraconense comunicaba con Italia y Galia más estrechamente que el resto de la Península, lo que dio lugar a mayor influencia lingüística de la Romania central. Así adoptó la contracción -anta en los numerales de decena (cat. y arag. *sixanta*, *quaranta*), en vez de -aginta, y conoció como posesivo de la persona ellos el genitivo *illo-rum* (cat. *llur*, arag. *lor*, *lur*, como el francés *leur* e italiano *loro*) al lado de *s u u s*. En la parte más oriental de la región no fue eliminada la conjugación proparoxítona -ëre, que subsistió también en Galia e Italia (cat. *prehendëre* > *pendre*, *reddëre* > *retre*, frente a *prender*, *render*, *rendir*, de los otros romances peninsulares). En el léxico, los catalanes *menjar*, *parlar*, *trobar*, *voler*, *taula*, *cosí* (< \**cosinus*, de *consobrinus*), *donar*, *cercar* (< *circare*), *ociure* (< *occidere*), etc., muestran preferencias opuestas a los castellanos y portugueses *comer*, *hablar-falar*, *hallar-achar*, *querer*, *mesa*, *cormano*-gall. *curmán* (< *congermanus*), *dar*, *buscar*, *matar*. No es forzoso que todas estas divergencias aparecieran ya en la época imperial, ni tampoco en la visigótica; la mayoría debió de surgir en el último período de formación de los romances, cuando Cataluña dependía del Estado carolingio<sup>43</sup>.

*renäenhalbinsel*, Hamburg, 1930, y *Die Entstehung der rom. Sprachen und Nationen*, Frankfurt, 1941.

<sup>43</sup> La cuestión de si el catalán, en su origen, es lengua iberorrománica o galorrománica ha sido muy debatida. Véanse, entre otros, los estudios de K. Salow, *Sprachgeographische Untersuchungen über den östlichen Teil des Katalanisch-Languedokischen Grenzgebietes*, 1912; A. Griera, *La frontera catalano-aragonesa*, 1914, y crítica de R. Menéndez Pidal en la *Rev. de Filol. Esp.*, III, 1916, 80 y sigts.; A. Griera, *Afro-romànic o Ibero-romànic?*, *Butlletí de Dialectologia Catalana*, X,

### § 25. PALABRAS POPULARES, CULTAS Y SEMICULTAS<sup>44</sup>.

1. La civilización occidental ha heredado el latín en dos formas distintas: como lengua hablada, madre de los idiomas románicos, y como vehículo universal y permanente de cultura. Consagrado por la Iglesia, se conserva en sus usos oficiales y en la liturgia católica, si bien con creciente retroceso frente a las lenguas de los respectivos países; la administración, leyes y cancillerías lo emplearon hasta la baja Edad Media, y aún más tarde, en todos los países europeos; fue instrumento general de la exposición científica, y todavía hoy se usa como tal alguna vez; y las literaturas modernas, en especial desde el Renacimiento, no han perdido de vista el modelo de los poetas, historiadores y didácticos latinos.

1912, 34-53; W. Meyer-Lübke, *Das Katalanische*, 1925; reseña de esta obra por W. von Wartburg, *Zeitsch. f. rom. Philol.*, LVIII, 1928, 157-161; Amado Alonso, *La subagrupación románica del catalán*, *Rev. de Filol. Esp.*, XIII, 1926, 1-38 y 225-261, y *Partición de las lenguas románicas de Occidente*, en «*Miscellània Fabra*», Buenos Aires (ambos artículos incluidos en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, 1931, 11-127); M. Hagedorn, *Die Stellung des Katalanischen auf der Iberischen Halbinsel*, *Zeitsch. f. neusprach. Unterricht*, XXXVIII, 1939, 209-217; las gramáticas históricas catalanas de A. Badia, 1951, §§ 2 y 3, y de F. de B. Moll, 1952, §§ 5-8; G. Rohlfs, *Concordancias entre catalán y gascón*, «*VII Congreso Internac. de Ling. Rom.*», II, Barcelona, 1955, 663-672; *Diferenciación léxica de las lenguas románicas*, traducción y notas de Manuel Alvar, Madrid, 1960, y *Catalan, provençal, gascon et espagnol*, «*Estudis... dedicats a la memòria de Pompeu Fabra*», I, 1963-68 [1971], 7-10; R. Brummer, *Das Katalanische eine autonome Sprache*, *Ibid.*, 7-18; K. Baldinger, *La formación de los dominios lingüísticos en la Pen. Ib.*, Madrid, 1972, 125-160 (capít. «El catalán, lengua-puente»); G. Colón, *Quelques considérations sur le lexique catalan*, «*La linguistique catalane. Actes et colloques*», Paris, 1973, 239-280, y *El léxico catalán en la Romania*, Madrid, 1976, etc.

<sup>44</sup> Véanse José Jesús de Bustos Tovar, *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*, Madrid, 1974, 9-114, y R. Wright, *Semicultismo*, *Archivum Linguisticum*, VII, 1976, 13-28.

A consecuencia de este doble legado, el vocabulario latino ha pasado a las lenguas romances siguiendo diversos caminos: unas palabras han vivido sin interrupción en el habla, libres del recuerdo de su forma literaria y abandonadas al curso de la evolución fonética; se han transformado al tiempo que nacían las nuevas lenguas y muestran en sus sonidos cambios regulares característicos; por ejemplo *filius*, *genesta*, *saltus* han dado en castellano *hijo*, *hiniesta*, *soto*, según leyes fonéticas que distinguen el castellano de otras lenguas romances<sup>45</sup>. Son las palabras llamadas *populares* o *tradicionales*, que constituyen el acervo más representativo de cada lengua.

2. Tan antiguas como las voces populares, y pertenecientes como ellas a la lengua hablada, hay otras que no han tenido un proceso fonético desembarazado de reminiscencias cultas. Mientras *argilla* y *ringere* se deformaban hasta llegar a *arcilla*, *reñir*, no sucedía igual con *virgine* o *angelus*, que en la predicación y ceremonias religiosas se pronunciaban de una manera más o menos distante de la latina pura, pero esencialmente respetuosa con ella. El oído de las gentes se acostumbró a la pronunciación eclesiástica, cuyo influjo impidió que se consumaran las tendencias fonéticas usuales: *virgine* dio *virgen*, no *\*verzen*, y *angelus*, *ángel*, en vez de *\*año* o *\*anlo*. De igual modo *saeculum*, *regula*, *apostolus*, *episcopus*, *miraculum*, *periculum*, *capitulum*, pasaron a *siegl*o > *siglo*, *regla*, *apóstol*, *obispo*, *milagro*, *peligro*.

<sup>45</sup> En *filiu(s)* la /f/ ha tenido igual suerte que la de *farina* > *harina*, *\*famine* > *hambre*, etc., y el grupo /l + yod/ la misma que en *muliere* > *mujer*, *alienus* > *ajeno*. En *genesta* la /g/ inicial ha desaparecido como la de *germanu* > *hermano*, *gelare* > *helar*, y la /ě/ tónica ha diptongado como en *tĕstu* > *tiesto*, *lĕpore* > *liebre*. En *saltus* /a/ ante consonante ha dado /o/, como en *alterum* > *otro*, *calcem* > *coz*, etc.

*cabido*, muy distintos de las soluciones normales<sup>46</sup>. La influencia de la administración fue semejante a la de la Iglesia, aunque menos extensa. Los notarios redactaban sus documentos en latín, con arreglo a fórmulas muy repetidas, pero al ser leídas a los otorgantes, se grababan en su memoria. Cláusula muy usada en escrituras era «vendo tibi *mea* ratione in illa terra», y con este sentido perduró *razón* con su /i/ latina, que desapareció en el vulgar *razón*; en la data se mencionaba el nombre del monarca, y las relaciones «regnante Adefonso in Legione», «regnante rege nostro Ordonio», juntamente con el «regnum *data* de la liturgia, hicieron que *regnare* y *regnum* se detuvieran en *reinar*, *reino* y no llegaran a *\*reñar*, *\*reño*. En la mayoría de los casos citados, y en *physicus* > *physico*, *toxicus* > *tósigo*, *canonicus* > *canónigo*, etc., la acción de la cultura no fue bastante poderosa para mantener la integridad formal de la palabra, pero sí para frenar o desviar el proceso fonético iniciado en ella; el resultado es lo que los lingüistas llaman *semicultismo*.

3. Los *cultismos* puros se atienen con fidelidad a la forma latina escrita, que guardan sin más alteraciones que las precisas para acomodarla a la estructura fonética o gramatical romance (*evangelium* > *evangelio*, *voluntate* > *voluntad*). Algunos se han transmitido por el habla y la escritura combinadas; pero en su mayor parte han sido tomados directamente del latín literario, aunque éste fuera el bajo latín medieval<sup>47</sup>.

<sup>46</sup> De haber obedecido a las leyes fonéticas, hubieran dado *\*sejo*, *\*reja*, *\*abocho*, *\*besbo* o *\*ebesbo*, *\*mirajo*, *\*perijo*, *\*cabejo* como *regula* > *reja*, *tegula* > *teja*, *vetulu* > *viejo*, etc.

<sup>47</sup> Por ejemplo, *aniquilar* no procede del clásico *nihil*, sino de la pronunciación bajo-latina *nichil* ([nikil]).

Una palabra latina puede originar dos romances, una culta y otra popular. En ocasiones los resultados tienen acepciones comunes (*fosa* y *huesa*, *frígido* y *frío*, *íntegro* y *entero*), pero aun en ellas hay distinto matiz afectivo o conceptual; por lo general son palabras completamente independientes, sin más nexo que el de la etimología, olvidado en el uso (*laico* y *lego*, *signo* y *seña*,  *fingir* y *heñir*, *artículo* y *artejo*, *concilio* y *concejo*, *radio* y *rayo*, *cátedra* y *cadera*). Nótese que las voces populares suelen tener un sentido más concreto y material que las eruditas. Otras veces la duplicidad se da entre un derivado culto y un semicultismo (*secular* y *seglar*) o entre un semicultismo y una voz popular (*regla* y *reja*). La lengua se ha servido de estos dobles para la diferenciación semántica: el culto *litigar* ha descargado al popular *lidiar* de uno de sus sentidos.

Desde que los idiomas románicos alcanzaron florecimiento literario, su léxico se ha enriquecido con incesante adopción de cultismos. En el siglo XIII, cuando los poetas del mester de clerecía y Alfonso el Sabio habilitaron el español para la expresión ilustrada, fueron muchas las voces latinas introducidas. A partir del Renacimiento, latinismos y grecismos dieron vestido a las nuevas ideas y sirvieron como elemento estilístico de primordial importancia. Y en los tiempos modernos el latín y el griego siguen siendo cantera inagotable de neologismos. Si las palabras populares son las que mejor reflejan la tradición oral del latín vulgar y ofrecen los rasgos fonéticos peculiares de cada romance, los cultismos revelan la perenne tradición del espíritu latino en la civilización europea. Su menor interés fonético se compensa crecidamente con el histórico-social: son índice de las apetencias, inquietudes, orientaciones ideológicas y conquistas científicas de los momentos culturales en que penetraron.

#### IV. TRANSICIÓN DEL LATÍN AL ROMANCE. ÉPOCA VISIGODA

##### § 26. LOS GERMANOS.

En el año 409 un conglomerado de pueblos germánicos —vándalos, suevos y alanos— atravesaba el Pirineo y caía sobre España; poco después el rey visigodo Alarico se apoderaba de Roma y la entregaba al saqueo.

Así quedó cumplida la amenaza que secularmente venía pesando desde el Rin y el Danubio. Los éxitos de Tiberio y Germánico habían sido amargados por el descalabro de Varo, cuyas legiones aniquiladas lloraba Augusto en la vejez. Fácilmente observaba el contraste entre la disoluta sociedad imperial y la vigorosa rudeza de los germanos, «magis triumphati quam victi». Desde el siglo III las agresiones germánicas se hicieron cada vez más fuertes: en una de ellas corrieron las Galias y llegaron a Tarragona (256-262); dos emperadores, Decio y Valente, murieron en lucha con los godos. Y apenas desapareció con el hispano Teodosio la última columna del Imperio, sobrevino la irrupción definitiva.

La penetración germánica en Roma no fue solamente guerrera. Desde el siglo I los germanos comenzaron a alistarse en las legiones; otros se establecían en territorio im-